

POPULISMO Y CAUDILLAJE: UNA VIEJA HISTORIA

Adrián Bonilla/Alexei Páez¹

abonilla@flacso.org.ec

“Populismo y caudillaje: una vieja historia” (Coautor con Alexei Páez), en Vanguardia, Dossier, América Latina, Neoliberalismo, Populismo, No. 4 Enero, marzo : Barcelona: 2003

Populismo y caudillaje: Una vieja historia



En el año 2002 Lula llegó finalmente a la presidencia de Brasil, Lucio Gutiérrez ganó las elecciones en Ecuador. El indígena cocalero Evo Morales estuvo a punto de ser presidente boliviano. El ex gobernante Carlos Menen se presenta como uno de los candidatos más fuertes en Argentina. El APRA peruano obtuvo una victoria importante en las elecciones locales peruanas. El presidente Chávez sobrevive en Venezuela. Todos ellos han sido motejados de populistas. En todos los países latinoamericanos persiste una vieja tradición política que interpela al “pueblo”, que rompe con los convencionalismos del stablishment, que tiene la habilidad de usar múltiples ideologías, que eventualmente moviliza a las masas, y que generalmente se organiza detrás del carisma de un caudillo.

Desde mediados de los años Ochenta, en Latinoamérica renació un fenómeno político que se consideraba extinto: el populismo. Asociado a los quiebres internos de estas sociedades, en particular al choque supuesto entre “tradicionalidad” y “modernidad” política, el populismo ya había sido una forma preeminente de discurso y movilización política en la América Latina entre los años treinta y sesenta del siglo pasado. Las tradiciones sociológicas weberianas supusieron que desaparecería como consecuencia de la modernización de esos países, pero esto no ocurrió.

Movimientos y liderazgos de muy diverso tipo, e ideologías, emergieron en los años Ochenta en el continente, identificados con la imagen de “populismo”². En el Perú, el gobierno de Alan García fue asociado con el populismo “clásico”, debido a sus políticas redistributivas, su desafío al sistema financiero internacional, o su política exterior distante de los Estados Unidos. En el mismo Perú, el siguiente gobierno, el de Fujimori, también fue llamado populista, pero el mismo orientó sus políticas hacia la privatización, y hacia una alianza con los organismos financieros.

Dos rivales locales y un mismo modo de clasificarlos: Alan García se encontraba emparentado muy cercanamente con el proyecto del viejo partido fundado en los años Veinte, APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) bajo la sombra de un caudillo típico latinoamericano: Víctor Haya de la Torre, quien se definía a sí mismo como anticomunista y antiimperialista, mientras que Fujimori, como Menen en la Argentina, expresaría el emerger de una nueva forma populista, distinta a la anterior, liberal en lo económico, autoritaria en lo político, pero igualmente levantada en un discurso anti elitario no convencional.

El populismo como forma de Régimen Político

El populismo en Latinoamérica nació asociado a un proyecto histórico, el de la conformación del modelo de Estado Nacional – Popular alrededor de los años Cuarenta. A inicios del siglo pasado se deteriora el modelo primario agrícola latinoamericano, basado en exportaciones de frutas, cereales o azúcar, así como la forma de Estado asociada al mismo: el Estado Liberal – Oligárquico, que se caracterizaba por la

¹ Profesores FLACSO Ecuador

² Es importante señalar que el concepto “populismo” es de una enorme ambigüedad, ya que bajo este término se han identificado los más diversos tipos de políticas. Ha sido un concepto “paraguas”, bajo el cual puede cobijarse casi cualquier contenido, por lo que su cuestionar utilidad analítica ha sido una tradición de las ciencias sociales latinoamericanas. Sin embargo, el populismo....existe!

concentración del poder en élites sociales aristocráticas terratenientes y exportadoras. El Estado carecía de autonomía frente a estos grupos, su poder era muy limitado, y la sociedad de aquella época era rural aunque había centros urbanos medianos en todo el continente.

El modelo estatal pre populista favorecía la concentración del poder en el reducido grupo que se asociaba al mismo. Patriarcas y familias locales concentraban el poder económico y político de las regiones. Sin embargo, la misma lógica de acumulación implícita al modelo liberal oligárquico desató el crecimiento de centros urbanos y acumulaciones poblacionales, especialmente en los puertos, necesarias para la exportación, con el consiguiente desarrollo de industrias de servicios.

En los años Veinte y Treinta del siglo XX aparecen nuevos grupos sociales excluidos de la participación política y con capacidades organizativas crecientes: trabajadores industriales, artesanos, maestros profesionales liberales. El desarrollo de movimientos comunistas, socialistas y anarquistas de intelectuales y trabajadores como la FORA (Federación Obrera Revolucionaria Argentina), ilustran el conflicto presente en las sociedades a inicios de siglo. La “cuestión social” aparece en escena, y las demandas de ampliación del sistema político e institucional están a la orden del día. Emergen los partidos de izquierda marxista y socialismos nacionales, que se suman a los liberales, conservadores y radicales laicos de finales del siglo XIX.

El carácter cerrado del Estado oligárquico imposibilitaba la inclusión de estos nuevos sectores. El paisaje mismo se transforma con dinámicas aceleradísimas de crecimiento urbano. Buenos Aires es para los años Treinta, por ejemplo, una de las ciudades más pobladas del mundo. El ritmo vertiginoso de crecimiento de México empieza a despegar y ciudades como Río de Janeiro son la epítome de urbe global de esos tiempos. El Estado oligárquico se tensa y es incapaz de cubrir el problema social y la producción de identidades ciudadanas que lo legitimen ante el conjunto de la población.

Con la Primera Guerra Mundial empieza la desarticulación de las economías latinoamericanas frente al mercado mundial. La crisis a raíz del octubre negro de Wall Street y su impacto devastador sobre los mercados de exportación produce el contexto histórico en que emergen los primeros movimientos populistas latinoamericanos: la caída de un régimen de acumulación produjo la búsqueda de nuevos modelos, tanto en la economía como en la política, que incorporaron sectores *populares urbanos* en el Estado y en la producción de identidad nacional.

La aparición de las “masas” supuso también la construcción de liderazgos autoritarios y el antagonismo pueblo – oligarquía, lo que se expresaría en los modelos de Getulio Vargas (1930-1945)³ y Juan Domingo Perón (1946-1976), en Brasil y Argentina respectivamente, o en las proclamas de Gaitán(1948) en Colombia, el aprismo de Haya de la Torre en Perú y el discurso de Velasco Ibarra (1936-1970) en Ecuador.

Estas tendencias sociales producirían en las décadas siguientes demandas económicas, que se expresaron en un creciente activismo del Estado en la economía. La industrialización sustitutiva de importaciones fue una necesidad para la reconstrucción económica, y mucho antes de ser expresada por la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL 1948), fue una política en ejecución inconsciente. Esta lógica económica incrementó la relevancia de los asalariados y aceleró procesos de inclusión de amplios sectores en la gestión gubernamental. Ni la clase media, ni los trabajadores, ni los campesinos fueron relevantes en el estado oligárquico liberal.

Así, durante los Treinta y Cuarenta emerge el *Estado Nacional – Popular*, que intenta la incorporación e inclusión de las “masas” en el proceso político, mediante mecanismos verticales, con liderazgos y discursos cargados de símbolos que aluden al pueblo y a la nación, así como con la participación abierta y expresiva de la gente común en las calles, apoyando el proceso.

³ Las fechas dan cuenta de la actividad política de esos líderes

El Estado Populista imagina la nación teniendo lo “popular” como eje. Un trípode político se construye entre los empresarios “nacionales”, los trabajadores organizados y el Estado, que empuja políticas de crecimiento para el mercado nacional, en contraposición a la orientación exportadora del modelo liberal oligárquico. Ésta fue la temprana premonición del modelo CEPAL de los años Cincuenta y Sesenta. Este proceso tiene sus referentes más claros en las políticas de Lázaro Cárdenas que nacionaliza el petróleo en México, Vargas en Brasil y Perón en Argentina que montan proyectos gigantescos de industrialización.

Populismo y caudillos como escenografía y conducta

Una gran parte de la literatura sobre el populismo enfatiza los aspectos referidos al “espectáculo”, a los mecanismos de comunicación política, a las “performances” asociadas a los mismos.

Si hay algún elemento discernible de continuidad entre el populismo clásico, como aquel del ecuatoriano Velasco Ibarra o del Peruano Haya de la Torre, y los neopopulismos de los años Noventa y del siglo XXI, como los de Lula o Hugo Chávez, serían las dimensiones simbólicas que los dos procesos aluden y movilizan. El carácter de las sociedades latinoamericanas se ha representado como la imagen de “repúblicas sin ciudadanos”, marcadas, por el racismo y el desprecio elitario, por la exclusión y por una democracia reducida al mero ritual electoral. Estos elementos de la *imagen* del poder no han variado sustancialmente en los últimos Setenta años en las percepciones; por ello, el reto al *establishment*, traza el puente entre los viejos y nuevos caudillos.

El discurso populista como práctica atraviesa el espectáculo de la política: la campaña electoral, la demagogia de la oferta. Todos los candidatos en algún momento son populistas: neoliberales y socialdemócratas. Desde la visión del discurso, en cambio no todos son populistas, pueden ser de izquierda o de derecha, por ejemplo. El populismo proporcionaría un sucedáneo de participación política, mediada por los rituales de la calle; la sensación de poder social, por la imagen de comunidad: La Venezuela Bolivariana de Chávez, o el Perú Posible de Fujimori, la Argentina potencia de Menem. Este tipo de participación termina contrastando la idea de “democracia” con la realidad de inequidad, evidencia y cuestiona, aunque no necesariamente reforma, la exclusión de sociedades racistas, clasistas y jerárquicas.

La imagen comunitaria que el populismo genera muchas veces se asienta sobre ideas antagónicas que legitiman eventualmente contenidos autoritarios. Imágenes como la lucha entre “pueblo” y “oligarquía”, entre “nosotros” y “los otros”, en un contexto de democracia ineficiente, fertilizan el terreno para la confrontación. El carácter del liderazgo que dirige la movilización populista, es individualizado, extremadamente concentrador, y puede incluso aludir a imágenes religiosas, cosa que puede verse con claridad en el mesianismo de Perón y Evita, en Menem y Bucaram, en Fujimori, Uribe o Chávez.

La espectacularidad dramática del populismo cobra un nuevo nivel, a raíz de la orientación mediática de las sociedades actuales. Los instrumentos de comunicación generan un escenario performativo donde se despliegan nuevos géneros comunicacionales y de relación entre el líder con las “masas”. Menem habló en público⁴ (con cobertura televisiva) 222 veces durante 1992, y 298 ocasiones durante 1993, a lo que se suman sus viajes al extranjero, también cubiertos extensivamente por los medios.

El liderazgo también realiza las fantasías de ascenso social y los sueños sociales de los grupos convocados por el discurso: el líder canta con el grupo de rock de moda en los Sesenta (Bucaram), juega fútbol y se casa con una ex Miss Universo (Menem) o es el “chino” que logra ascender al pináculo del poder (Fujimori). Este líder habla en un lenguaje místico, aludiendo a la patria encarnada en el pueblo al que redimirá.

Una característica importante del populismo contemporáneo es la preeminencia del “movimiento” sobre las estructuras formales (partido o sindicatos) que le prestan sustento. Con ello se evidencia aún más el

⁴ José Nun relata esto en su texto “Populismo, representación y menemismo”

carácter individual del liderazgo, ya que el partido en general sirve como mero dispositivo electoral que se subordina plenamente al caudillo, quien a su vez define los límites y procesos del movimiento populista.

No es posible imaginar el populismo latinoamericano sin pensar en las dinámicas que le dan existencia: maquinarias electorales, que funcionan sobre la base del intercambio de lealtades por servicios o recursos (clientelismo) y jefes locales (caciquismo), son características centrales en la política latinoamericana. El clientelismo implica una visión pragmática de la política, que articula los factores simbólicos de la negociación. Por ello, el populismo presta desata también una dinámica de producción de identidades sociales, regionales, étnicas, culturales donde existe un dinámico intercambio entre las clientelas, los caciques y el líder. Éste sería el caso de la construcción de la imagen de los “descamisados” argentinos, o de revalorización cultural de los indígenas ecuatorianos o bolivianos, así como de los pobres de las favelas brasileñas.

El populismo hoy

A finales de los años Sesenta e inicios de los Setenta, el modelo de Estado Nacional-Popular se agotó, en un contexto signado por la crisis social, económica y política, especialmente en los países del Cono Sur, crisis que dieron paso a las brutales dictaduras militares. La caída de este modelo de Estado surgió de la combinación de varios factores. Primero, se asistió a una crisis del crecimiento económico, que eliminó una pata del “trípode” en el que se asentaba el modelo: cayó la capacidad distributiva del Estado; esto se debió a la imposibilidad de transitar de la fase “simple” de sustitución de importaciones (la de los bienes de consumo masivo) a la siguiente fase, la producción de bienes de capital. Las economías latinoamericanas tuvieron que flexibilizarse. Son las reformas que empiezan a emprender gobernantes como Pinochet.

Por otra parte, los trabajadores organizados y la izquierda radicalizan dramáticamente sus posiciones políticas, levantando proyectos revolucionarios que retan la existencia del orden político vigente. Allende es elegido presidente en Chile, Perón vuelve nuevamente el poder, aupado por los sindicatos, dictaduras izquierdistas se imponen en Ecuador y Perú. La crisis de los regímenes de los años Sesenta, desembocó en la instauración de las dictaduras militares de derecha, que destruyen a sangre y fuego las organizaciones sociales y los partidos de izquierda, desestructurando las bases mismas que sustentaban los proyectos nacional-populares, y planteando una nueva alianza con las empresas transnacionales, los sectores internacionalizados del Estado y los empresarios orientados hacia el mercado externo. Este modelo, denominado Estado Burocrático-Autoritario es el primero en gestionar una política económica de carácter neoliberal, que también (teóricamente) debió haber sepultado al populismo, en nombre de un manejo tecnocrático de la economía, articulada por el mercado y su magia.

Los modelos militares no pudieron estabilizar un nuevo Estado a-político, porque en 1982 se desató una nueva crisis económica en América Latina, provocada por la deuda externa. Ellos empiezan los procesos de Ajuste Estructural: privatizaciones, disciplina fiscal, políticas monetarias restrictivas y desmonte de los mecanismos de intervención estatal sobre el mercado (subsidios, aranceles, políticas de desarrollo industrial).

Este nuevo régimen es cualitativamente distinto al del Estado desarrollista de los Sesenta. Los sectores organizados de trabajadores bajan enormemente su perfil, dando paso a un proceso de atomización y destrucción del tejido social durante los ochenta y noventa. Justamente por eso la base social populista se reprodujo porque las condiciones de la exclusión resucitan; por el contrario, en el contexto de disolución y concentración de la riqueza de los Noventa, la retórica populista cobra nuevo brío, ya que en medio de la anomia proporciona un elemento clave para la población: un sistema identitario que reconstruye la sensación de pertenencia.

Los populismos contemporáneos viven en la esquizofrenia del discurso electoral. Las alianzas electorales pueden hacerse con sectores gremiales o de izquierda y centro izquierda, cuestionadores de las políticas existentes, pero en la práctica de gobierno, por el contrario, las coaliciones previas y los discursos

electorales se descomponen aceleradamente, y los liderazgos adoptan las recetas que antes cuestionaban. Menem llegó al poder en brazos de los trabajadores y peleando contra el neoliberalismo, pero su alianza fue con los sectores económicos más poderosos. Fujimori ganó su primera elección rechazando el neoliberalismo "salvaje" de Vargas Llosa, y una de sus primeras medidas fue un ajuste económico más allá de las previsiones del propio Fondo Monetario Internacional. Terminó su gestión construyendo un brutal y cínico sistema de gobierno, basado en la policía secreta y una alianza con la cúpula militar. Políticamente, los populismos buscan su continuidad temporal mediante transformaciones institucionales que pueden pasar por un golpe de estado (caso Fujimori) o búsqueda plebiscitaria del cambio de las reglas de juego (caso Menem o Chávez).

La gestión de gobierno de los populismos contemporáneos se caracteriza por ser el otro lado de la medalla de lo propuesto por el populismo clásico. La movilización social solamente se da en los contextos electorales, como maquinarias políticas y clientelares, al contrario del modelo de mediados del siglo XX, donde la movilización social fue un factor determinante de la vida política la continuidad y supervivencia misma del gobierno, como puede observarse en el arquetípico caso del Peronismo. La Venezuela chavista es una excepción.

El populismo en Latinoamérica y el futuro

Los inicios del siglo XXI parecen estar orientando a Latinoamérica en una nueva dirección política. El triunfo de Hugo Chávez en Venezuela a finales de los noventa y sus subsecuentes victorias electorales por cinco ocasiones en procesos plebiscitarios parecieron dar el primer campanazo de atención acerca de este cambio cualitativo que se percibe en el ambiente. Si bien el gobierno de Chávez se encuentra abocado a una crisis de grandes proporciones, que implica confrontación social abierta y polarización de la sociedad, su presencia en Venezuela será de largo plazo como lo fue Perón en Argentina en el pasado.

El triunfo de Luis Ignacio Da Silva, Lula, en Brasil forma parte central de esta reorientación en proceso. En Ecuador se asiste a la victoria en Segunda Vuelta de un candidato de origen militar, vinculado a los movimientos sociales, las organizaciones indígenas y la nueva izquierda ecuatoriana. La política que plantea Lucio Gutiérrez estaría en sintonía con la nueva orientación antes señalada, cercana al nacionalismo y las interpelaciones a lo popular, pero en un nuevo contexto. Alan García y Fujimori gozan de buena salud en el Perú, y las expectativas en Argentina y Uruguay son las de un nuevo fortalecimiento de los populismos.

Vistas las circunstancias, cabe preguntarse si estará germinando un nuevo populismo, que expresa opciones políticas diferentes a las que dominaron la escena los últimos quince años. Este populismo neoclásico supondría cierta recuperación del histórico nacionalismo latinoamericano, y aprovecharía de la tormenta de críticas a las políticas económicas impulsadas por los organismos financieros internacionales.

Parece interesante realizar una última constatación: el carácter del proceso democrático institucional en América Latina es definitivamente diferente de los modelos europeos occidentales, y las instituciones globales deberían dar cuenta de aquella particularidad. La pregunta que queda en pie es cómo articular esas realidades a procesos de profundización democrática, resolución de las inequidades, confrontación de la pobreza e inclusión social, sin tensionar los procesos institucionales hasta un punto sin retorno, con lo que, en el peor escenario, América Latina puede volver a modelos autoritarios, represivos y excluyentes.